

consideran al zebú como una especie distinta, al paso que algunos no ven, así en este buey como en el de joroba, mas que una variedad del doméstico. Deponen á favor de la independencia específica de los dos bueyes citados algunas partes del esqueleto, las cuales difieren esencialmente de las de nuestro buey doméstico; además el zebú tiene una vértebra sacra y dos caudales menos que este, y como observa Blyth, se diferencia tambien del mismo en su régimen y costumbres; raras veces busca la sombra, no entra en el agua para permanecer sumergido en ella hasta la altura de la rodilla, como la especie europea, etc., etc.; pero esto no obstante no es fácil resolver satisfactoriamente esta cuestion, y no se puede rechazar en absoluto la opinion de aquellos que establecen la unidad de especie entre las dos razas de bueyes, la de joroba y la de sin ella. Pero podrá preguntarse ahora, ¿de dónde proviene el buey de joroba, así africano como indico, el cual presenta tantas razas y variedades? ¿A cuál especie salvaje debe su origen?

No podemos contestar por ahora á tales preguntas: sabemos á ciencia cierta que el zebú vive en algunos puntos de las Indias, en los bosques y hasta en las comarcas habitadas por el tigre en completa independencia del hombre; y nadie duda que los descendientes salvajes de este buey no son mas que animales emancipados del poder del hombre y vueltos otra vez al estado salvaje; por lo que han sido inútiles todas las investigaciones hasta aquí practicadas para hallar la especie madre de los zebús. Podría muy bien ser que el gayal ó el gauro hubiesen tenido mas parte de lo que generalmente se cree en el origen del zebú; pues no hay razon ninguna para presumir que precisamente en la India y en el sur del Asia, donde varias razas de bueyes viven todavía hoy en estado salvaje, haya desaparecido el tronco primitivo del zebú. Este buey se apareja fácilmente con las varias razas de bueyes domésticos y produce mestizos capaces á su vez de reproducirse entre sí.

Mas fácil parece resolver la cuestion relativa al origen de los bueyes sin joroba, ó sea de los de raza europea, si bien tampoco ha sido posible hallar una solucion definitiva. Segun Rutimeyer, tres distintas especies de toros salvajes han tenido parte en la creacion de las diversas razas de bueyes domésticos que viven en Europa: primero el toro antediluviano ó primitivo (*bos primigenius*), que perteneció probablemente á la misma especie del uro ya descrito; segundo el toro de larga frente (*bos longifrons*) y tercero el toro de frente ancha (*bos frontosus*), cuyos restos fósiles se encontraron en varias partes de Europa. Nilson opina que acaso este último sea el tronco primitivo del buey de las montañas de Noruega; el toro de frente larga se considera como la especie madre del buey doméstico, que en la primera edad de la piedra vivía en Suiza y fué trasportado mas tarde á Inglaterra por los romanos, y por último, el uro es considerado como el padre primitivo de las mas robustas razas de los bueyes de nuestro continente, segun parece desprenderse de la comparacion de su cráneo con el del buey doméstico.

#### EL BUEY DE ESCOCIA — BOS SCOTICUS

**CONSIDERACIONES HISTÓRICAS Y DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Segun Rutimeyer, viven todavía hoy en estado medio salvaje en los mayores parques zoológicos del norte de Inglaterra y Escocia los descendientes en línea recta, aunque bastardeados, del uro ó toro antediluviano. El sabio naturalista, cuyo nombre acabamos de citar, despues de haber comparado cuidadosamente el cráneo de un uro con el de un buey de Escocia que le fué enviado por lord Tankerville, asegura que el de este último difiere menos

del primero que las otras razas de bueyes: militan á la verdad, segun veremos, algunos argumentos en contra de la opinion sustentada por Rutimeyer; pero de todos modos está en su apoyo la antigüedad de la raza de los bueyes de Escocia.

Segun dice Youatt, habia en el siglo x en el principado de Gales un animal que por su descripción era completamente igual al buey de Escocia. Cuatrocientos bueyes blancos, con orejas encarnadas, fueron enviados al rey Juan, y segun una tradicion antigua, fueron exigidos cien de ellos á causa de una infraccion cometida contra las leyes. Se sabe que el animal vivía aun entonces en estado salvaje en una selva virgen que se extendía sobre toda la region septentrional de Inglaterra y Escocia desde Chillingham hasta Hamilton, y se le conserva aun, como al buey, en los dos parques del mismo nombre, en los alrededores de la citada selva. Ya en el año 1260 Guillermo de Ferrarus mandó acotar el parque de Chartly (condado de Strafford) á fin de conservar bueyes salvajes en aquellos bosques pantanosos. Siguióse el ejemplo por otros grandes propietarios á medida que la caza iba escaseando mas, de modo que ya antes de la época de la reforma no se veía al buey salvaje mas que en los parques, los cuales se han conservado en número de cinco hasta nuestros dias. Luis Beckmann, inteligente observador y pintor de los animales, quien en el último tercio del otoño de 1874 visitó uno de estos cotos ó parques, me comunica lo siguiente: «En los magníficos y espaciosos parques que rodean la residencia veraniega del duque de Hamilton, en el condado de Lanark, se encuentra un vasto coto dispuesto para los bueyes de que hablamos. Este parque se asemeja muchísimo por su aspecto á los del norte de Alemania: es una vasta extension cubierta de césped, en la que se levantan acá y allá muchos y corpulentos robles, con los cuales alternan pequeños bosques, sobre cuyas copas vense aparecer los viejos techos de paja que cubren las cabañas, pintorescamente diseminadas, donde vienen á refugiarse durante el invierno nuestros bueyes. Junto á las escarpadas márgenes del Avon se encuentran las ruinas del antiguo castillo de Cadzon, del que tomó su nombre el actual parque. Se dice que este parque, con sus gigantescos robles seculares y medio carcomidos por el tiempo, es el último resto de la antigua selva virgen de Caledonia, en la cual el buey de Escocia debió haber habitado desde los tiempos mas antiguos como animal salvaje. No me ha sido posible saber la época en que fué acotado por primera vez el bosque de Cadzon y encerrados en él nuestros bueyes. Héctor Boethio, el conocido historiador de Escocia, no hace mencion del citado parque en su historia de este país, publicada en Paris en el año 1526; pero describe en cambio de una manera algo poética, la indomable selvaticidad de los bueyes blancos que vivían entonces en el bosque de Caledonia, de los cuales dice que tenían largas y flotantes melenas, como las del leon, y añade que existían aun en su tiempo en las montuosas comarcas de los condados de Argyle y Nor rebano enteros «de vacas bravías».

»El antiguo y poético concepto tocante al bisonte blanco, de flotantes melenas, ha sido utilizado con no pocos resultados por los escritores posteriores y entre ellos el conocido Walter Scott. Lo cierto es que el actual buey de Escocia no lleva melena alguna y que todo su aspecto descubre mas bien una variedad de nuestro buey doméstico, bien parecida y conservada en toda su pureza, que del buey primitivo. El color blanco en un mamífero que vivía en estado salvaje en el apacible clima de la isla, debiera ya ser considerado como cosa extraña y extraordinaria; además de que la proporcion que se observa entre las partes del cuerpo del animal, el dorso recto, la elevada insercion de la cola, como tambien la inclina-

cion y desarrollo de la papada, llena de repliegues, indican á mi modo de ver que el antiguo toro de Escocia fué reducido desde muy lejanos tiempos á la domesticidad, ó á lo menos estuvo bajo la influencia del hombre. La remota antigüedad de esta raza, la cual puede demostrarse históricamente, induce á sospechar que los bueyes pertenecientes á la misma representaban en el culto de los druidas un papel análogo al que desempeñaban las vacas blancas de Herta y los toros sagrados de los bramines, y que los bisontes blancos y salvajes del bosque de Caledonia, tantas veces mencionados, tal vez no son mas que los descendientes de aquellos toros sagrados de los druidas, vueltos al estado salvaje.

»En el año 1760 fué preciso abandonar la cria de los bueyes de Escocia en el parque de Hamilton, á causa de la creciente malignidad de estos animales; sin embargo, volvieron mas tarde á ser introducidos. Los actuales bueyes de Escocia parecen ser mas pacíficos que sus antepasados, y he sabido por conducto fidedigno que durante una epidemia que hace años se desencadenó en Escocia entre los bueyes, algunos de estos fueron encerrados en las minas de carbon que habia en Hamilton, á fin de librarles del terrible contagio.»

**CARACTERES.**—El buey de Escocia es medianamente grande y robusto; el pelaje es corto, espeso y alisado, pero largo y crespo en la coronilla y en el cuello hasta la cruz; el color es de un blanco de leche, excepto en el hocico, las orejas, los cuernos y las pezuñas; las orejas son de un pardo rojizo en el interior; la parte anterior del hocico parda; los ojos están orillados de negro y las pezuñas son tambien de este último color. Los cuernos, de un blanco gris con puntas negras y aceradas, son de un largo regular y bastante delgados; dirijense hácia arriba y afuera, y el extremo se inclina ligeramente hácia adentro. La columna vertebral se compone de trece vértebras dorsales, seis lumbares, cuatro sacras y veinte coxígeas, resultando de aquí que el buey de Escocia se asemeja tanto, bajo este concepto, al banteng, al zebú y á los búfalos, como difiere del buey doméstico. En el espacio de 33 años nacieron unos doce terneros con manchas pardas y azuladas en la nuca y en las mejillas; pero estos animales fueron siempre expulsados del rebano como defectuosos, tanto para conservar la pureza de la raza, como para respetar una extraña supersticion que se halla extendida por toda la comarca de Chartly y en virtud de la cual se cree que si un ternero negro naciere de padres blancos, ha de caer una desgracia inevitable sobre la noble familia de Ferrers.

Segun Beckmann, el buey del parque de Hamilton se diferencia algun tanto del del coto de Chillingham por el color. «El primero, dice Beckmann, tiene el hocico, los ojos y la cara interior y exterior de las orejas de un color negro de carbon y simplemente negras las piernas delanteras hasta las rodillas; las restantes partes del cuerpo son de un blanco de leche; en los individuos viejos se convierte este color en amarillo sucio ó de isabela, particularmente en el cuello y en el vientre. Los pelos son suaves, espesos y mas largos que en el buey doméstico comun; están ligeramente ondeados, pero sin formar rizos; se prolongan hasta adquirir una largura de unos cuatro ó cinco centímetros en la frente, á lo largo de la nuca y del dorso, sin embargo de que no constituyen una melena propiamente tal. El buey de Escocia, principalmente, parece, visto á alguna distancia, tener el pelo casi liso; solamente en el cuello lo tiene muy crespo. El color negro de las diversas razas parece que varía con mucha facilidad, y solo puede conservarse perfectamente por medio de cruzamientos escogidos. No es raro encontrar individuos con manchas ligeramente azuladas en los lados de la cabeza y del tronco: con dificultad puede reconocerse esta coloracion en el animal vivo; se distingue, empero, mas claramente

en la mayoría de las cabezas de bueyes disecadas, las cuales adornan las paredes de los museos y galerías de caza. En una fotografia de un buey de Escocia, procedente del parque de Hamilton y muerto recientemente, se ven numerosas manchas de color negro de carbon en el lado izquierdo de la cabeza; Bewick dice que unos cuarenta años atrás nacieron en Chillingham varios terneros con narices y orejas negras, los cuales fueron muertos al instante por los guardianes; Blaine cuenta que el buey de Escocia de Eisburne (condado de York) es completamente blanco, con orejas pardas, pequeño, vivaz y sin cuernos; esta última variedad procede de la abadía de Whalley (condado de Lancaster), y segun una tradicion, un rebano de estos animales fué atraído por medio de la música á Eisburne cuando la destruccion del convento en 1540.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—En todos los parques de Escocia los propietarios han tomado á empeño proteger particularmente á estos animales, resto de remotas épocas, é invierten en ellos considerables sumas; hay guardas especiales encargados de su custodia; vigilanlos cuidadosamente y expulsan del rebano á los individuos inútiles ó demasiado malignos por su edad avanzada. Véase lo que dice el conde de Tankerville, uno de los propietarios que mas interés se ha tomado en proteger al buey de Escocia:

«En tiempo de mi padre y de mi abuelo no se sabia mas que hoy acerca del origen de estos animales. Es probable que el rebano del parque de Chartly descienda de un buey primitivamente salvaje en Inglaterra, y que hace mucho tiempo ha vivido en un parque muy antiguo, consagrado desde remotas épocas á la conservacion de estos animales. Eale, guarda del parque de Chartly, podría informar mejor que nadie, acerca de la vida de estos bueyes en libertad. Por mi parte, voy á decir todo lo que sé:

»Estos bueyes tienen todas las costumbres del animal salvaje: ocultan sus pequeños, pacen por la noche, y duermen y se calientan al sol durante el dia. No se muestran malignos sino cuando se les persigue; son tímidos y huyen del hombre, siquiera procedan de distinto modo segun las estaciones y la manera que tiene uno de acercarse. En verano eran inútiles los esfuerzos que hacia durante varias semanas para ver á un individuo, pues apenas oyen que se acerca alguien, retiranse al fondo del bosque. En invierno, por el contrario, acuden á los puntos donde se les da el alimento; acostúmbrense á la presencia del hombre, y si va uno montado, se puede introducir hasta el centro de la manada.

»Ofrecen varias singularidades: cuando aparece alguien cerca de ellos en la direccion del viento, se sienten sobrecojidos de un terror pánico, y huyen galopando hácia las profundidades del bosque. Al llegar á las partes inferiores del parque, lo cual sucede á ciertas horas, caminan en fila, como un escuadron de caballería: los toros forman entonces la vanguardia, y al regresar la retaguardia.

»Su pelaje es muy bonito; tienen las piernas cortas, el lomo recto, los cuernos acerados y la piel delgada: su voz se asemeja mas bien á la de un carnicero que á la del buey doméstico.

»Tienen mucha resistencia vital, y de ello puedo citar un ejemplo: tratábase de matar á un toro viejo, y uno de los guardas del parque quiso cortarle la retirada. Furioso el animal, y despues de intentar repetidas veces reunirse con sus compañeros, precipitóse contra el hombre y le derribó; lanzó tres veces al aire, y rompióle tres costillas. Al ver aquello un muchacho de la vecindad, soltó contra el toro un robusto mastin, que cogió por las piernas posteriores al rumiante, obligándole á dejar al hombre, aunque no pudo impedir que se acercara á él varias veces y le volteara. Entre tanto habia

llegado la noticia al castillo, y todos salieron armados de carabinas para matar al peligroso animal; un buen tirador se deslizó detrás de una cerca é hizo fuego á una distancia de treinta pasos; pero el toro no cayó hasta despues de recibir seis balazos, habiendo penetrado el último proyectil en el cráneo por un ojo. Durante el tiroto no se movió el animal de su sitio; limitábase á mover la cabeza cuando le tocaba una bala.»

Eale, el guarda del parque citado antes, que vivió mas de treinta años en Chartly, añade á estas observaciones las que él hizo, expresándose en estos términos:

«El rebaño consta en la actualidad (1830) de unos ochenta individuos, veinticinco toros, cuarenta vacas y quince terneros: su color es blanco puro, y sus magníficos cuernos, encorvados en forma de media luna, comunican á estos animales, sobre todo cuando hay muchos reunidos, un aspecto majestuoso. No tienen de negro mas que los ojos, las pestañas y la punta de las astas. El extremo de la nariz es pardo; la cara interna de las orejas, roja ó parda, y todo lo demás del cuerpo blanco.

»Para conquistar su dominio luchan los toros entre sí, hasta que los fuertes someten á los débiles; con el tiempo ceden aquellos su poder á otros que han llegado á ser mas vigorosos.

»Las vacas no paren hasta la edad de tres años, y son fecundas poco tiempo: ocultan el ternero durante los primeros ocho ó diez dias, y van á verle dos ó tres veces cada veinticuatro horas, para darle de mamar. Si se acerca álguien al sitio donde se halla el ternero, baja este la cabeza y se acurruca como la liebre en su madriguera: mama por espacio de nueve meses.

»Los bueyes soportan perfectamente los rigores del invierno, y cuando hace mucho frio se les alimenta con heno. Rara vez se les deja pasar de la edad de ocho ó nueve años, porque luego disminuyen de peso; por lo regular se matan los toros á los seis años, y entonces pesan unos 750 kilogramos. La carne es gorda, y tiene el mismo gusto que la del buey doméstico.

»Uno de los guardas del parque tuvo la suerte de criar una pareja y domesticarla: estas dos animales eran tan mansos, que parecían verdaderamente domésticos; el macho vivió diez y ocho años, y la vaca cinco ó seis solamente. Cubrióla un toro comun, pero los terneros tenían todo el tipo de su madre. La leche que daba aquel animal era escasa, aunque muy mantecosa.

»En estado libre mueren pocos de enfermedad.»

En 1851, dijo Blak, al hablar de los bueyes salvajes del parque de Hamilton, que se alimentan de dia en los pastos y vuelven por la tarde al bosque. Los toros son vengativos: un cazador debió una vez su salvacion al árbol, por el que trepó á tiempo, si bien hubo de permanecer allí diez horas, sitiado por el furioso animal. Cuando vió este que su enemigo se le habia escapado, tembló todo su cuerpo de rabia, y se precipitó contra el árbol como para derribarle; cansado al fin, echóse al pié; mas al menor movimiento que hacia el hombre, levantábase y comenzaba á dar cornadas en el tronco. Por último llegaron algunos pastores en auxilio del infeliz cazador. A cierto escribano le sucedió una cosa análoga: habiéndose refugiado en un árbol, estuvo allí bloqueado toda la noche y parte del dia siguiente hasta las dos de la tarde.

«Cuando una persona extraña visita el parque, dice Fitzinger, y tiene la suerte de llegar hasta cerca de la manada, apenas le divisan los toros golpean la tierra con el pié y se alejan todos á galope; pero detiéndose luego á una distancia de 130 metros, describen grandes círculos al rededor de la persona desconocida, y de repente se dirigen hácia ella ame-

nazando con sus cuernos. A unos 30 metros vuelven á pararse para mirar al objeto de su temor; y al menor movimiento del hombre, emprenden de nuevo la fuga, aunque alejándose menos que la primera vez. Despues describen un círculo mas pequeño, y avanzan en seguida, siempre amenazadores y lentamente, hasta una distancia de 20 metros, repitiendo la operacion varias veces, hasta que se aproximan tanto al hombre, que juzga este prudente aprovechar el primer momento favorable para desaparecer de la vista de aquellos animales. Siempre es temeridad molestarlos en su retiro.»

Luis Beckman tenia ya noticia de los datos que acabamos de trascribir; pero nada de cuanto en ellos está contenido, pudo observar cuando su visita al parque de Hamilton. Oigamos lo que dice este observador:

«Encontré los rebaños á unos 200 pasos del camino, cómodamente tendidos sobre la yerba y rumiando; levantábase entre ellos á modo de centinela un viejo caballo alazan. Al acercarme á los bueyes levantáronse estos inmediatamente y fijaron en mí sus miradas llenas de sorpresa; en este momento de mirarme, sus cabezas no llegaban á elevarse sobre el nivel del dorso, y los individuos mas jóvenes las tenían profundamente inclinadas sobre las rodillas, lo cual les daba un aspecto en extremo picaresco y astuto.

»Cuando estuve á una distancia de unos ochenta pasos, el rebaño echó á caminar con lento paso; observé atentamente cómo se conducía el toro mas fuerte de la manada, al cual despues de haberle buscado largo rato, vi escondido detrás de varias vacas. Por lo visto no tenia ganas de exponerse sin necesidad de ello; nunca se le ocurrió ponerse á la vanguardia y guiar á sus compañeros; por el contrario, todos sus esfuerzos y miras parecían tan solo encaminarse á ponerse á cubierto parapetándose detrás de algunas vacas y novillos, en términos que mi acompañante, el cual se habia quedado junto á mi coche, no pudo menos de gritar indignado:—¡Mira el viejo cobarde! en vez de abrir la marcha, se oculta vergonzosamente detrás de sus hembras.

»Luego empezó á trotar poco á poco el rebaño que se componia de unos 30 individuos; veíanse galopar acá y allá algunos terneros á fin de no quedar rezagados, y lanzáronse todos en seguida en precipitado y furioso galope, con la cola levantada, al través de una loma, en la cual descollaban corpulentos troncos seculares, de modo que era un espectáculo verdaderamente majestuoso. Por desgracia vino este á perder algo de su grandeza á causa de la presencia del viejo caballo alazan, el cual con su cola de gallo obtusa levantada al aire, galopaba tambien detrás del rebaño, siguiendo al mismo en todas direcciones. Despues de haber descrito en su fuga un grande arco, paráronse repentinamente los bueyes en un sitio descubierto y juntos volvieron otra vez hácia mí la cabeza para mirarme. Por segunda vez intenté acercarme á los animales para disparar sobre ellos, pero en vano, pues se alejaron á unos 120 pasos de distancia y volvieron á pararse de nuevo. Los bueyes estaban ya á la sazón tan asustados, que á una tercera tentativa para acercarme á ellos, habrían sin duda huido hasta perderse de vista; por lo que creí lo mas oportuno retroceder á nuestro carruaje y observarlos desde allí con el auxilio de un buen antejo. Trascurridos unos cuantos minutos, volvieron á tranquilizarse y tendiéronse uno tras otro en el mismo sitio en que se encontraban, para hacer la rumia.

»Otra particularidad ofrecen los bueyes de Escocia, como es la de pacer en manada compacta, lo cual se considera como una costumbre peculiar y exclusiva de los animales salvajes.

»Se ha dicho que ningun buey doméstico tiene semejante costumbre, pero yo opino que si se dejara abandonado á sí

mismo un rebaño de bueyes domésticos en un vasto coto, de modo que ni siquiera se ordeñaran las vacas y se las obligara tan solo de vez en cuando á ponerse en movimiento por medio de un batidor, con objeto, por ejemplo, de tirar á algun toro inútil, entonces mostrarían aquellos en breve la misma desconfianza que el buey de Escocia, y se conducirían de igual modo que este. La tendencia que se muestra en el buey de Escocia cuando se ve perseguido, á describir en su fuga un grande arco, podría explicarse por la conciencia que tiene el animal de encontrarse cercado, por lo que dicha tendencia no puede ser considerada como propia de los bueyes

salvajes y sí tan solo como peculiar á los que viven en los bosques de Escocia.

Entre los bueyes de Escocia se encuentra alguno que otro individuo y á veces rebaños enteros, los cuales parecen haber tomado su origen de los que habitan en los parques de este país; presentan todos los caracteres de estos, excepcion hecha del color que las mas de las veces es negro, pardo, rojo ó de un pardo amarillento, y tienen además los ojos y la boca orillados de negro, como se observa en los que viven en estado semi-salvaje. Beckmann me hace notar que, segun Colquhoun, aun hoy dia se encuentran bueyes blancos de la

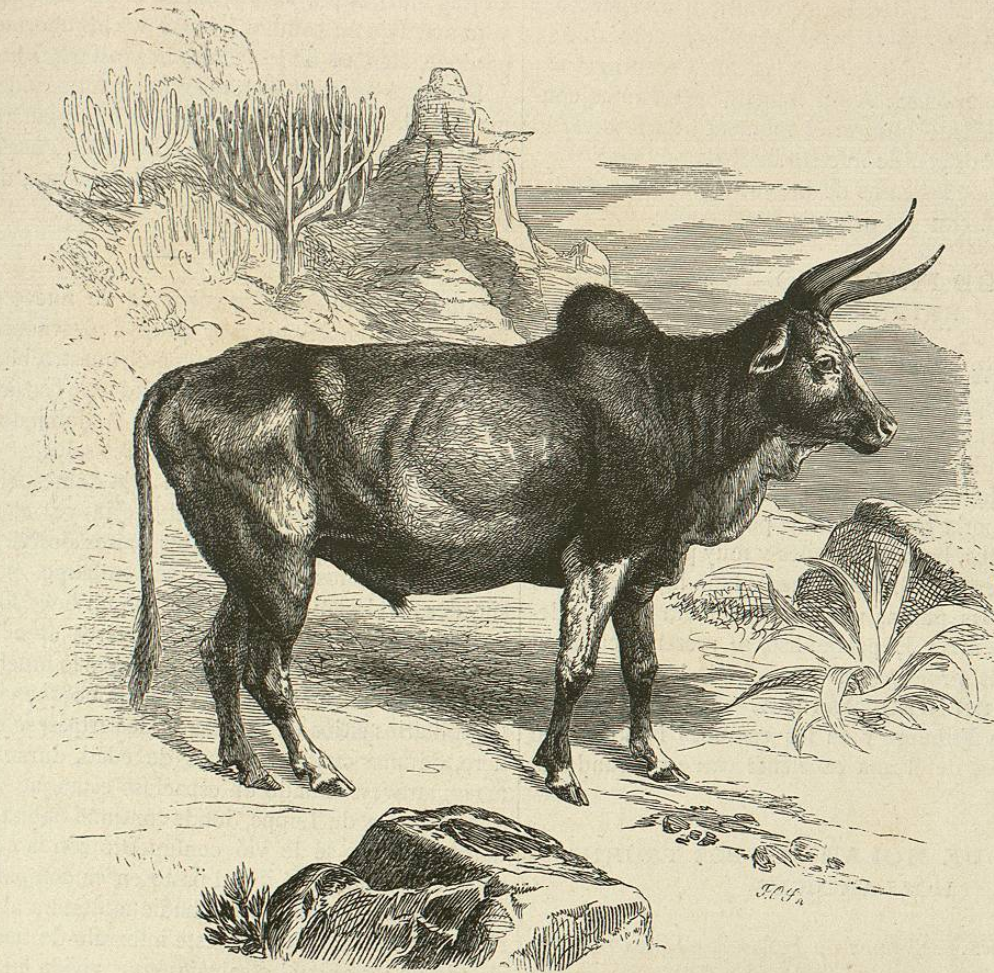


Fig. 279.—EL SANGA Ó BUEY DE JOROBA DE AFRICA

misma raza. «Yo suponía, dice el observador últimamente citado, que los restos de nuestro buey salvaje indígena debían guardarse encerrados en un parque cercado de altos muros, como animales peligrosos y dignos de mayor interés; sin embargo, hace algunos años encontré en el condado de Argyle en medio de un camino que cruzaba un pantano, un rebaño de estos bueyes blancos domesticados, los cuales estaban pacienciendo. Lejos de ponerse inquietos, enfurecerse ó huir, me franquearon el paso por en medio de ellos, sin ni siquiera dírime su mirada, y continuaron pacienciendo tranquilamente.»

«Sin embargo, observa, por último, Beckmann, no debe confundirse el buey de los parques de Escocia con el de pelaje cespado, y de cuernos largos y delgados, que se cria en estado semi-salvaje en las alturas de las islas Hébridias y que es conducido todos los años en grandes rebaños al través de la Escocia. El aspecto de esta raza especial nos recuerda mucho mas al buey salvaje primitivo que el de los bueyes que viven en los parques de Escocia; pero á pesar de su bravo aspecto, los individuos de dicha raza son de índole dulce y apacible.

**CAZA.**—La de los bueyes salvajes, tal como se practicaba todavia á fines del siglo último, recordaba las cacerías de los antiguos tiempos. Anunciábase en los alrededores que en cierto dia se iba á matar un toro; reuníanse todos los habitantes, unos á caballo y otros á pié, armado cada cual con su carabina, y llegaba á veces á seiscientos el número de cazadores, entre los cuales se contaban mas de cien jinetes. Los peones tomaban posicion en el muro que rodeaba el parque, ó en los árboles, cerca del sitio en que se debía matar la res, y los jinetes recorrían el bosque para dirigir á la manada hácia el sitio designado. Conseguido esto, y separado el toro de sus compañeros, apeábase uno de los cazadores, al que se reservaba el honor de tirar primero, y disparaba su arma; todos los demás seguían el ejemplo y á menudo recibía un toro mas de treinta balazos antes de caer. El dolor, por una parte, junto con los gritos de los circunstantes, enardecia su rabia, y sin considerar el número de sus enemigos, precipitábase sobre ellos para vender cara su vida. Con frecuencia resultaban algunos heridos de gravedad, y otras veces introducía tal desorden entre los cazadores, que lograba escaparse. Los